



Cuentos del derecho... y del revés

Gabriela Aguilera
M. B. Brozon
Juan Pablo Gázquez
Javier Malpica
Toño Malpica
Juan Carlos Quezadas
Ana Romero

Ilustraciones
de Carlos Vélez



EL BARCO
DE VAPOR

sm

Cuentos del derecho... y del revés

Historias sobre los derechos de los niños



Aguileta, Gabriela. *Cuentos del derecho... y del revés*; Ilustraciones de Carlos Vélez - 1ª ed. - México: Ediciones SM, 2016

Formato digital - (El Barco de Vapor. Roja)

ISBN: 978-607-24-2433-3

1. Literatura mexicana - Literatura infantil 2. Cuentos mexicanos - Literatura infantil 3. Antología - Literatura infantil 4. Derechos del niño - Literatura infantil

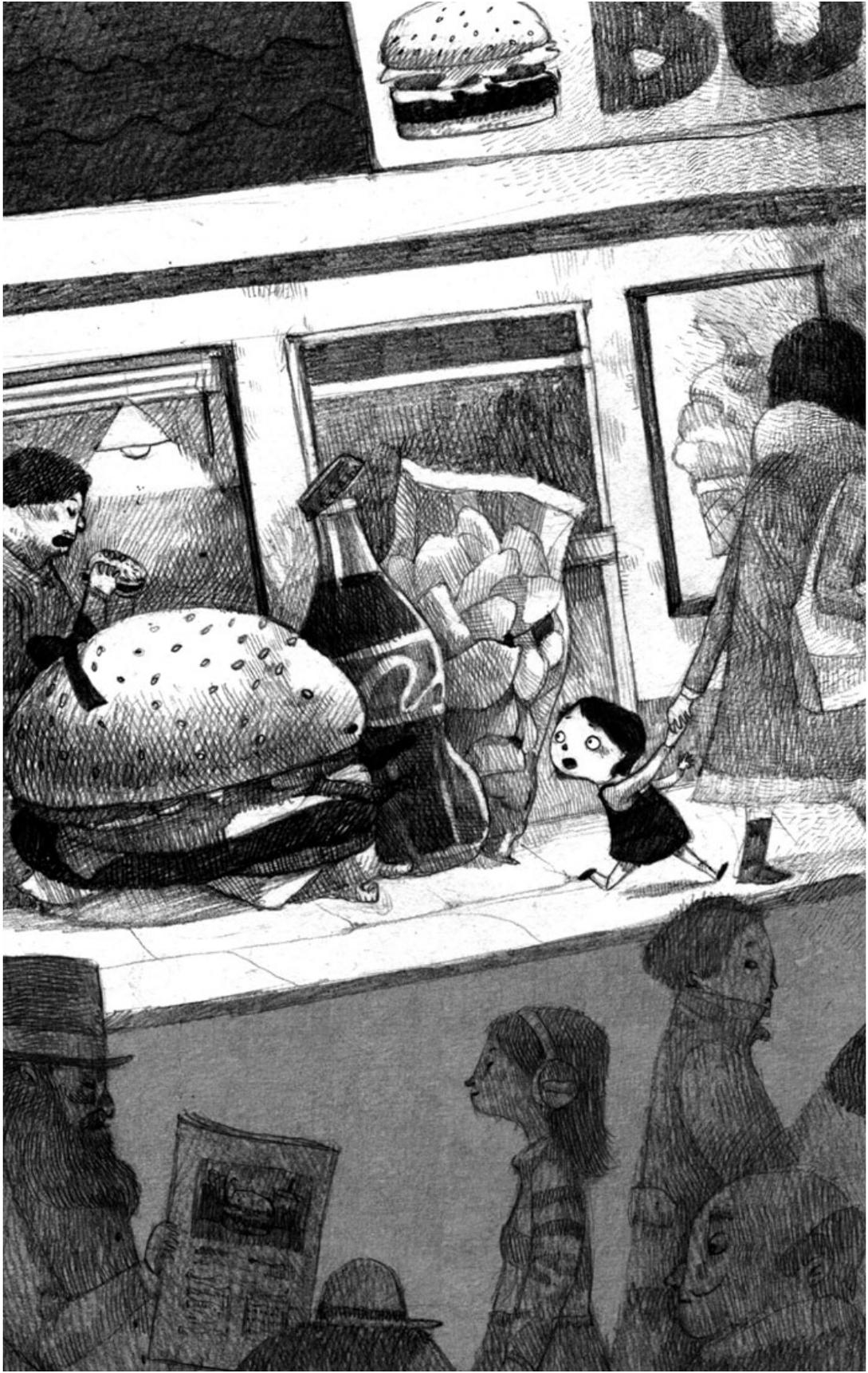
Dewey 808.83 C84

PRESENTACIÓN

Para que los principios fundamentales, como la libertad, la justicia y la paz, se cumplan, todos de los seres humanos deben tener los mismos derechos y el reconocimiento de su dignidad.

La Convención sobre los Derechos del Niño es el tratado internacional que enuncia los derechos humanos de los niños, niñas y jóvenes en cualquier lugar del mundo. Una nutrición adecuada, ir a la escuela, ser protegido y contar con atención médica, tener un nombre, es decir, una identidad, son entre muchos otros los derechos que considera este tratado internacional. Para los países que se han adherido, su cumplimiento es obligatorio. México forma parte de la Convención desde 1990.

Siete autores mexicanos escribieron los cuentos que vas a leer a continuación con el propósito de acercarte a tus derechos desde la literatura, de una manera divertida, porque es importante que los conozcas, pues los compartes con todos los niños y niñas con quienes convives.



HAMBURGUESA, PAPAS Y REFRESCO

Juan Carlos Quezadas

HAMBURGUESA

EL ESTUDIO DE LA FAMILIA Hawaiana (así se apellidaban, yo no tengo la culpa) quedaba en el tercer piso de su casa. Tres paredes estaban cubiertas por libros, mientras que el cuarto muro era dominado por un ventanal que mostraba una preciosa vista del jardín. Paisaje que lamentablemente ya nadie parecía disfrutar. En medio de la habitación había un sillón rojo, y en el sillón, una niña.

Natalia era su nombre.

Y si escribí *era* es porque ya no es: ahora Natalia tiene otro nombre que ya pronto conocerás.

Los padres de Natalia, es decir, los señores Hawaiana, eran dueños de la única fábrica de maniqués del país y siempre estaban hasta el tope de trabajo. Salían de su casa a las siete de la mañana y volvían hasta más allá de las diez de la noche, por lo que los fines de semana eran la única ocasión para reunir a la familia.

De lunes a viernes la casa de los Hawaiana era un páramo triste y solitario. Por eso nada más llegar de la escuela la niña subía al estudio y se lanzaba de panza al

maniqués un combo triple para su hija. Nada de verduras ni fruta ni pescado.

Hamburguesas y hamburguesas y hamburguesas. Cuando Natalia Hawaiana se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se descubrió sobre su cama convertida en una monstruosa hamburguesa. Una hamburguesa idéntica a la que a diario comía, pero que en lugar de pesar unos cuantos gramos pesaba cerca de cincuenta kilos.

Ya no era una niña, ahora era una Maxi Burger Súper Queso Triple con piña.

Ya no se llamaba Natalia, ahora se llamaba Hamburguesa. Nombre que, hay que decirlo, pegaba mucho mejor con su apellido: Hamburguesa Hawaiana.

Ya no podía leer *Momo* ni ninguna otra historia, porque las hamburguesas no tienen muy desarrollada la imaginación. De un momento a otro la pequeña había perdido la posibilidad de hacer aquello que tanto le gustaba.

Al principio la transformación de Hamburguesa fue un duro golpe para los señores Hawaiana. Sin embargo, con el paso del tiempo fueron aceptando la situación, e incluso, gracias a sus contactos, le consiguieron un trabajo. Hamburguesa abandonó la escuela y se internó de lleno en el mundo laboral: fue aceptada como botarga publicitaria dentro de la misma cadena de hamburguesas que había provocado su transformación.

“¡Qué hamburguesa más real!”, exclamaban los clientes impresionados antes de entrar al local y exigir, por una

simple asociación de ideas, una Maxi Burguer Súper Queso Triple con piña.

Como es de suponer, Hamburguesa sufría mucho por su nueva situación.

¿Pero a quién podía importarle?

¿Quién podía adivinar el estado de ánimo de una simple hamburguesa?

PAPAS

La situación de Papas fue muy parecida a la de Hamburguesa, excepto porque en un principio se llamaba Paolo y no Natalia, y sus padres, los señores Amarillas, eran fabricantes de pelucas y no de maniqués.

Si esto fuera una película y no un poema épico podríamos ver ahora cómo Paolo llega a su solitaria casa para sentarse frente a la televisión a jugar con su consola de video. Para darnos la idea del paso del tiempo, en la pantalla se irían difuminando los diferentes juegos: luchas de marcianos contra terrícolas, terrícolas contra venusinos, venusinos contra marcianos, perros terrícolas contra marcianos perros, y así un largo etcétera.

Después, para acentuar aún más el correr de las horas, el director de esta imaginaria película nos presentaría tomas de la gigantesca bolsa de papas que Paolo va consumiendo a lo largo de la tarde. Al principio aún con la luz del sol la bolsa se vería rebosante, para ir adelgazando poco a poco al morir la tarde. Dejando en el rostro de Paolo una amarillenta máscara de grasa y sal, una triste sonrisa que más bien parece una mueca de dolor.

No me sorprende que el extraño caso del pequeño Paolo haya suscitado tantas discusiones. A fin de cuentas que un niño se convierta de un día para otro en una bolsa de papas fritas no es algo muy común. Lo que en verdad llama la atención es la rapidez con la que el caso se olvidó y que las personas empezaran a ver de lo más normal cómo una hamburguesa gigante y una bolsa de papas descomunal, espantosos alimentos que un día fueron niños de carne y hueso, se dedicaran a invitar a los clientes a entrar en la cadena de comida rápida.

REFRESCO

La vida de Refresco, en cambio, muy poco tenía que ver con la de Hamburguesa y Papas. Sus padres no tenían una fábrica ni de maniqués ni de pelucas. Eran campesinos. Tampoco tenía una vida solitaria. Al contrario, siempre estaba rodeado de personas, ya que toda su familia, incluidos sus cuatro hermanos y sus padres, vivían en un minúsculo cuartito, y cuando no estaban allí se encontraban todos juntos trabajando en el campo.

Ignacio Moreno, ese fue su primer nombre, habría sido muy feliz yendo a la escuela y disfrutando las tardes libres para jugar o leer, pero los niños campesinos, por desgracia, casi nunca gozan de esos derechos.

En el pueblo de Ignacio no había agua potable, y para mitigar la sed tomaban refrescos. Extraño, ¿no? Al pueblo de Ignacio, como a muchas pequeñas poblaciones de México y el mundo, podían llegar litros y litros de refresco, pero no se podía contar con unas cuantas gotas de agua potable.